

## CINCUENTA AÑOS DE POESÍA EN SALAMANCA. FUTURO DE LA POESÍA SALMANTINA

JOSÉ LEDESMA CRIADO\*

RESUMEN: A través de las vivencias literarias y personales de las últimas décadas, el poeta traza un completo y complejo cuadro del panorama de la poesía en la ciudad de Salamanca durante los últimos 50 años. No escapan a su mirada los autores más relevantes y de influencia destacada, ni revistas literarias de la talla de *Álamo*, *Intus* o *Zurguén*, a su vez presta atención a acontecimientos puntuales que impulsaron el panorama literario salmantino como los sendos homenajes a Machado y Unamuno, entre otros. Como colofón se realiza un análisis del estado actual del panorama poético salmantino, y se lanza una esperanzada mirada a su futuro.

ABSTRACT: Through literary and personal experiences of the past decades the poet traces a rich and embroidered tapestry of the sphere of poetry in the city of Salamanca over the past fifty years. The author focuses on the most outstanding poets, with the greatest influence and literary reviews such as *Álamo*, *Intus* or *Zurguén* and at the same time addresses certain relevant events that impelled the Salamanca literary scene, such as the homages rendered to Machado and Unamuno, among others. Finally, an analysis is offered of the current state of poetry in Salamanca, offering a promising view to the future.

PALABRAS CLAVE: Poesía / Literatura / Creación Literaria.

\* C/. Prado, 5-7, Esc. B, 3º Izda. 37002 Salamanca.

Para poder resumir un estudio de los últimos cincuenta años de la poesía en Salamanca hay que recurrir a aquellos en que las figuras insignes de don Miguel de Unamuno y don José María Gabriel y Galán habían dejado el listón muy alto en la actividad poética de la ciudad.

Prácticamente las voces poéticas de Salamanca en los años de la posguerra están envueltas en un oscurantismo muy localista y de muy poco relieve. Los años cuarenta fueron una década de la que apenas se puede hablar en cuanto a la calidad poética.

Son los años cincuenta el primer aldabonazo en la actividad poética salmantina, y esto coincide con la aparición de varias revistas universitarias *Universidad*, *Más*, *Trabajos y días*, ésta última alentada por el que más tarde sería Rector de la Universidad don Antonio Tovar.

No eran revistas propiamente poéticas, sino literarias, o de índole universitario que acogían colaboraciones poéticas. La actividad poética se recogía en la publicación de poemas y versos y tuvo un estímulo muy especial en don Rafael Láinez Alcalá, catedrático de Historia del Arte y auténtico estimulador de la poesía en la ciudad. Don Rafael reunía en grupo a los poetas, les animaba y descubría a través de recitales aquellas voces que más tarde publicarían en las citadas revistas sus primeros versos. Láinez Alcalá con la disculpa de ir de paseo detrás de la Catedral a «cazar fantasmas» o sencillamente a oír el mar junto al Patio Chico, o quizá a oír los ruseñores en las calles del Tostado y sus aledaños.

Era rara la semana que no había un recital de versos en el salón del Comedor Universitario «Tito Blanco» o en los distintos Colegios Mayores, como el San Miguel Arcángel (hoy desaparecido), San Bartolomé, y más tarde en el Hispanoamericano «Hernán Cortés». Aún no se había puesto la primera piedra del Colegio Mayor «Fray Luis de León», que más tarde acogería recitales y conciertos.

Los Colegios femeninos eran también un buen caldo de cultivo para las intervenciones poéticas.

Y va siendo hora de que descubramos los nombres de aquellos poetas salmantinos de los años cincuenta: David Rayo, Jesús González Cajal, De la Cueva Fernández del Campo, José Manuel Martínez Pereda, Luis Peña.

Eran colaboradores asiduos de las revistas ya citadas, especialmente *Más* de la Congregación Mariana o *Luis* y *Universidad* de la Juventud Universitaria Católica.

Como dato curioso ejercía de vate y existe algún poema publicado en *Universidad* de su autoría, el actual gran novelista Luciano González Egido.

De forma muy especial deseo destacar que entre las predilecciones de Láinez Alcalá estábamos Antonio Preciado y yo. Y tanta fue la insistencia que nos preparó un mano a mano en la Delegación de Cultura.

Antonio Preciado era un gran poeta, muy vallejiano, y como todos los seguidores de César Vallejo muy mimético con su poesía. De gran preparación cultural era entonces un estudiante de Medicina que había ganado ya premios nacionales universitarios y que en el año 1960 estuvo a punto de llevarse el premio nacional

de Poesía *Ademar* convocado por la Asociación de Antiguos Alumnos Maristas. Premio que se mantendría diez años más en sus especialidades de poesía y cuento.

Ese premio y ese recital marcarían el comienzo de los sesenta, década llena de apariciones positivas poéticas.

Concretamente en 1963 conocí a Juan Ruiz Peña. Él acababa de llegar de Burgos, como catedrático de Literatura de Instituto y compartía su tarea profesoral en la Escuela de Comercio.

Traía la estela de una obra poética hecha.

Era el poeta andaluz –al aire de Don Antonio Machado– que había sentido en Castilla la llamada de la nieve y de la panamera.

Era un hombre solitario y nostálgico.

Y a romper esa soledad llegué yo una tarde de otoño salmantino.

Las hojas pardas y amarillas de las Úrsulas que tanto conmovieron a don Miguel presidían aquel encuentro que se hizo en su despacho.

Vivía entonces Ruiz Peña en la calle Santa Teresa, en el quinto piso de una casa desde la que se dominaban el Campo de San Francisco y el Torreón de las Úrsulas, aún no había sido inaugurado el monumento a Unamuno de Pablo Serrano que sería estrenado cuatro años después.

Las visitas al poeta de Jerez se repetirían casi semanalmente y en una de ellas le planteé el proyecto de crear una revista de Poesía donde sería él el Director y yo el Director-adjunto en la empresa.

Salamanca llevaba muchísimos años sin una revista de Poesía, salvo la excepción de *Intus*, una revista poética que inició el universitario Julio García Morejón ahora en el Brasil. Revista de una gran calidad y dignidad poética, con colaboraciones de toda España, pero que desgraciadamente al cabo de cinco números se extinguió como la mayoría de las revistas poéticas. Aquello sucedía a finales de los años cincuenta.

Estaba claro que *Intus* dejó un vacío en las voces poéticas de aquella época, vacío que se necesitaba cubrir con una nueva empresa lírica.

Por ello prometí a Juan Ruiz Peña hacer unas gestiones en Madrid en la Delegación de Cultura. Gestiones que tuvieron el éxito apetecido.

No hay que olvidar que los tiempos que corrían no eran los más fáciles para una empresa poética y en la esfera política la censura era como una guillotina infalible. Además la inclinación del futuro Director claramente izquierdista podía mover la balanza en un fracaso del proyecto.

Ruiz Peña desde el primer momento pretendió hacer una revista ecléctica, de poesía independiente y sin color alguno.

La tesis fue entusiásticamente aceptada por el Secretario Nacional de Cultura Jesús Gay Ruizdiaz, que aun ocupando un cargo político tenía un carácter liberal.

Regresé a Salamanca convencido y feliz de haber conseguido el patrocinio de la fundación de la Revista y de tener libertad absoluta del contenido de la misma y con la promesa por nuestra parte de dar el primer número en la primavera del 1964.

Y así en el mes de mayo y bajo la edición del Servicio de Educación y Cultura salía el primer número de *Álamo*.

Previamente Juan Ruiz Peña y yo convocamos una reunión en el Ateneo de Salamanca donde citamos a varios poetas salmantinos y a la que asistieron José Manuel Regalado, el poeta zamorano y estudiante de letras Lorenzo Pedrero, el poeta de la Alberca José M.<sup>a</sup> Requejo y los poetas sacerdotes estudiantes universitarios de la Pontificia Amable Sánchez Torres, Soto del Carmen, Ramón Susín, Luis Nos Muro, Francisco Tejada, etc.

En aquella reunión fundacional estuvieron también presentes los poetas universitarios Aníbal Núñez y Antonio Mayor.

A la misma reunión asistió Gerardo Diego, que estaba en Salamanca para dictar una conferencia y que apoyó nuestra postura.

El primer tema que se planteó fue el nombre de la Revista. Se barajaron varios, pero todos coincidimos en que el nombre más oportuno sería el de *Álamo*, símbolo del árbol propio de Castilla y la influencia indirecta de Antonio Machado.

En este primer número figuraba encabezando la Revista como Director Juan Ruiz Peña, y Director adjunto de la misma José Ledesma Criado, Subdirector sería José Manuel Regalado. Las ilustraciones se encomendaron a Antonio Mayor, poeta y dibujante.

El cuadro de colaboradores era vario y de ideología más bien de tendencia izquierdista, aunque de contenido liberal.

Abría el número Vicente Aleixandre y le seguían Ramón de Garciasol, Leopoldo de Luis, Gabino Alejandro Carriedo, Ángel Crespo, Julio Mariscal, Jesús Delgado Valhondo, el dominico Amable Sánchez Torres, Manuel Pacheco, los sacerdotes Francisco del Soto del Carmen, Luis Nos y Ramón Susín, además de Carlos Murciano, el zamorano Lorenzo Pedrero, y el canario José Nicolás Boada. Cerraban el número José M.<sup>a</sup> Requejo, José Manuel Regalado, Ruiz Peña y yo mismo.

Las ilustraciones le fueron encargadas a Antonio Mayor, que también diseñó la portada, que era para aquellos tiempos original y atrevida y que se ha mantenido hasta el presente. Mayor me había trazado un retrato para la solapilla de mi primer libro de poemas *Temblor de mis días*, que coincidentemente había salido a la luz cuando se editó el primer número de *Álamo*.

La imprenta que editó ese número uno de la Revista fue Gráficas Vítor de la que era propietario y gerente José Núñez Larraz el gran fotógrafo salmantino y padre del excelente poeta Aníbal Núñez.

Desde el primer momento la Revista contó con colaboradores portugueses que estudiaban en la Universidad.

Fue mágico el año 1964 para la poesía en Salamanca, porque además de editarse *Álamo* se celebraron tres homenajes nacionales a los poetas Antonio Machado, Miguel de Unamuno y Leopoldo Panero.

Fueron tres aldabonazos, en aquellos años en que la dictadura de Franco ejercía una censura férrea sobre la cultura y la poesía, menos perseguida porque los censores no la entendían.

Cierro estas líneas de la aparición de *Álamo* recogiendo la noticia de que en ese mismo año 1964 y en el otoño –octubre de 1964– se editó el número dos de la Revista. Su contenido fue aún de más calidad que su primer número. Lo encabezaba Gerardo Diego y contamos con las colaboraciones de Ramón J. Sender, Ángel González, Manuel Pinillos, José Agustín Goytisolo, Antonio Murciano, Jesús Hilario Tundidor, Manuel Montero, Joaquín Caro, José Luis Gallego, Ramón González Alegre, Rosa Elvira Álvarez, Jacinto Luis Guereña, Marcelino García Velasco y Joaquín Marco.

Por vez primera aparece en la Revista una breve sección de crítica y comentarios de libros que hicimos Carlos Murciano y yo. Se mejoró el papel y nos ilustró el número prodigiosamente Luis Horna.

En líneas anteriores hablaba de la importancia de los homenajes que se hicieron dedicados a Antonio Machado, Unamuno y a Leopoldo Panero.

Del recital que dimos Antonio Preciado y yo auspiciado por Laínez Alcalá surgió la idea de hacer el homenaje a Machado, cuyos veinticinco años de su muerte se cumplían en ese mítico año de 1964 de la poesía salmantina. Pero nombrar en el año 1964 a Machado suponía cometer pecado mortal.

Sin embargo la baza con la que contamos los poetas agrupados en torno a la Revista *Álamo* fue el vernos apoyados por dos poetas mayores que fueron Juan Ruiz Peña y Rafael Laínez Alcalá, apolítico o al menos de una ideología conservadora.

Y así se lo planteé al por entonces «poncio» o Gobernador Civil de Salamanca don Enrique Otero, que aceptó la idea inmediatamente.

Sólo me puso una condición, el acto se celebraría en el Salón de la Jefatura Provincial del Movimiento de Salamanca.

Otero era catedrático universitario de Biología, con un buen bagaje cultural y dispuesto a conquistarse el reducto más firme y difícil de la ciudad: la Universidad.

Él mismo me confesó que su decisión de autorizar el homenaje a Machado podría traerle algún disgusto en las altas esferas del régimen, pero se arriesgó.

No es necesario advertir que el homenaje Nacional al poeta Antonio Machado con motivo de los 25 años de su muerte fue un éxito de asistencia de público y de las intervenciones de los poetas mayores Laínez Alcalá y Ruiz Peña, unidos a los más jóvenes.

De aquel acto recuerdo y copio la lectura que hicieron los poetas por orden de programa de Juan Cruz Cruz, Fray Francisco Soto del Carmen, José M. Boada, Luis Nos Muro, João A. Vieira da Freitas, Fray Amable O.P., José Manuel Regalado y el que esto escribe. Dos actores excelentes del teatro universitario salmantino, María de los Ángeles Lavín y José M.<sup>a</sup> Saussol fueron encargados de decir y recitar poemas de Machado.

Al recital de poemas se unió fuera de programa el poeta zamorano Jesús Hilario Tundidor que había obtenido hacía año y medio el premio más prestigioso por entonces de la poesía española, conquistando al auditorio en su intervención.

Fui presentando uno a uno a los poetas. Alguno de ellos era la primera vez que actuaba en público, pero apenas se notó su bisonñez.

El público, los asistentes, fue una mezcla de universitarios y clase media. El salón estuvo lleno, a rebosar y se hicieron notar caras progresistas.

Podemos resumir que el homenaje a Machado fue sencillo, hondo, pero original, un auténtico aldabonazo en la adormilada sociedad salmantina. Asistió y presidió en la primera fila el Gobernador Civil que ratificó la autorización del acto, dejando así abierta la puerta para actuaciones similares. El emotivo acontecimiento finalizó con el Réquiem de Verdi.

Animado por ello le propuse un homenaje a don Miguel de Unamuno, que poco después se celebraría en el mismo lugar.

Las fechas de los dos homenajes fueron, el 18 de febrero, el de Machado y el 21 de mayo de 1964, el de Unamuno.

En la convocatoria al homenaje a don Miguel al Aula de Poesía de Educación y Cultura, se unió el Ateneo de Salamanca que tenía su sede en la Gran Vía, en el piso superior de Información y Turismo.

Tengo que reconocer que cuidé al máximo su organización, salvo un extremo que después narraré.

Mi primera gestión en la organización de ese homenaje fue contar con la familia de Unamuno que me respondió plenamente.

Al acto asistieron los hijos de don Miguel residentes en Salamanca: Felisa, María, Rafael y esposa de éste. Se desplazó desde Palencia Fernando Unamuno y casi se unieron todos los nietos, desde Miguel Quiroga Unamuno, Carmen, hija de Fernando y esposa de Luis Santos, Miguel y el hijo de Josefina Unamuno, Pablo, estudiante de Medicina y actualmente prestigioso dermatólogo y profesor del Hospital Clínico Universitario, que acompañó a su madre.

La parte formal de aquel homenaje consistió en preparar un escenario bastante original. En el centro iría colgada una gran foto de don Miguel, original del gran Pepe Núñez sobre el busto de Unamuno de Vitorio Macho y que impresionaba porque parecía la entrada a una cueva con estalactitas y estalagmitas. Foto que aún conservo con gran cariño, regalada por Pepe, su autor.

Leyeron sus poemas después de mi presentación del acto los poetas Antonio Mayor, Vieira da Freitas, Julio de Manueles, Juan Crespo –escritor y periodista salmantino, gran amante de don Miguel–, David Pina, estudiante y poeta portugués, Lorenzo Pedrero, Antonio Preciado, José M.<sup>a</sup> Requejo, Ledesma Criado con Hilario Tundidor y Juan Ruiz Peña.

A continuación leyeron versos de Unamuno Luchy Izquierdo, estudiante de Ciencias, dándole la réplica en esa lectura el poeta José Manuel Regalado, entonces estudiante de Letras. Los dos estuvieron perfectos de dicción, pero sobre todo de emoción.

Seguidamente don Manuel García Blanco, especialista en el tema de don Miguel, haría una glosa sobre el Rector con el título *Unamuno y los poetas*. La glosa fue breve, pero hondamente dicha.

Aquel año como actos de homenaje se publicaron dos libros, uno llamado *Unamuno y Portugal*, original del poeta y licenciado en Filología Hispánica Julio García

Morejón y *Vida de don Miguel*, del escritor salmantino Emilio Salcedo, la mejor biografía de Unamuno. Salcedo tuvo a su disposición todo el archivo que le facilitó Felisa Unamuno, que tenía prácticamente preparado y organizado y que más tarde sería el archivo histórico en la Casa Museo que mimó y cuidó durante tantos años.

Mucho tiempo después tuve el testimonio directo de una persona que entusiásticamente comentaba: *La Vida de don Miguel* de Emilio Salcedo es la mejor biografía que se haya escrito sobre Unamuno. El autor de esta declaración era nada menos que el gran poeta Jorge Guillén, representante de la famosa Generación del 27. Y no fue una esporádica opinión, sino repetida en las tres veces que le visité en su casa del Paseo Marítimo de Málaga antes de su muerte.

El referido homenaje de Unamuno tuvo un colofón, al poder ofrecer la voz de don Miguel en cinta que me cedió el padre de don Sebastián Battaner del disco «La Voz y la Palabra». No es necesario resaltar la emoción y el impresionante silencio del público al oír la voz y la palabra de Unamuno.

No quiero pasar por alto un incidente ocurrido el día del homenaje celebrado en el Salón de Actos de la Jefatura Provincial del Movimiento (hoy Salón de la Junta de Castilla y León).

El acto en sí fue organizado por el Aula de Poesía del Servicio de Educación y Cultura y se aceptó la colaboración del Ateneo de Salamanca.

Quizá debido a una omisión en la organización, tanto del representante del Ateneo con el Aula de Poesía, dicha entidad cultural envió 450 invitaciones y la propia Aula de Poesía que yo dirigía, otras 450 invitaciones, que era el aforo del Salón y a la hora de comenzar el acto el tapón y las reclamaciones para entrar dieron lugar a tener que llamar a la Policía Armada –ahora Policía Nacional– para poner orden, no por implicaciones políticas, sino meramente de organización.

El homenaje al poeta Leopoldo Panero fue brillante, pero pasó más desapercibido. No hay que olvidar que Panero fue un poeta de ideas progresistas que al comenzar el alzamiento de Franco fue encarcelado, considerado «rojo» y compartió celda con Cremer y otros escritores.

Pero después evolucionó a raíz de la publicación por Pablo Neruda de su «Canto General», libro de calidad poética como todo lo escrito por el genial poeta chileno, pero donde Neruda insultó claramente a varios poetas españoles como Gerardo Diego, amigos íntimos de Panero, que reaccionó contra estos insultos replicándole a Neruda con su libro «Canto Personal», que sin llegar a la altura poética del chileno, también alcanzó gran relieve por estar escrito todo él en hermosísimos tercetos.

Volviendo al homenaje hay que reconocer que éste no tuvo el relieve de los anteriores. Ni el nombre de Panero decía mucho a la entonces sociedad cultural española y por otro lado parecía un homenaje de compensación por los dos anteriores que se habían hecho a Machado y Unamuno, al sonar Panero como poeta del régimen.

En esos años sesenta y en la década siguiente surgen dos nombres de importancia y de interés en la poesía de Salamanca. Me estoy refiriendo a José Miguel Ullán y Aníbal Núñez.

Ullán entró con buen pie en la poesía española. Sus dos primeros libros *El Jornal* y *Amor Penínsular*; doloridos y valientes, conmovieron a toda la poesía española.

Esa incorporación a la poesía supuso un refuerzo digno y novedoso. Además, su situación política le creó simpatías pero también grandes problemas al negarse a aceptar hacer el Servicio Militar y tener que marchar a París, de donde volvió cuando dicha situación política cambió. En la actualidad el periodismo y la crítica de arte, creo, le tienen alejado de la poesía.

Aníbal Núñez (Salamanca, 1944-1987) fue la gran aparición de la poesía de Salamanca en el siglo XX. Preparado culturalmente, A. Núñez inició su proyección poética publicando en *Álamo* y estimulado por los poetas Juan Ruiz Peña y José Ledesma Criado, que le animaron continuamente.

Su calidad poética estaba fuera de duda y sus libros «Fábulas domésticas», «Alzado de la ruina», «Taller del hechicero» o «Llave de los tres reinos», «Cristal de Lorena», «Naturaleza no recuperable», «Cuarzo», «Primavera soluble» o «Figura en un paisaje» de aparición póstuma, prueban su ejecutoria.

La palabra poética surge en Aníbal como un milagro diario y sorprendente. Lástima que la muerte prematura acabase con su vida llena de iluminaciones y de una voz, irónica, original y crítica. Sus traducciones completas de Catulo, Rimbaud y Mallarmé completan una figura importante en la poesía española.

Quiero hacer una referencia, aunque breve, a unos años en que la poesía sacerdotal, quiero decir hecha por sacerdotes, algunos de ellos ya no lo son, destacó en Salamanca.

Había que hablar del dominico Fray Amable Sánchez Torres, que hace años dejó los hábitos y que contrajo matrimonio en Guatemala, poeta de intenciones sociales, pero de verso clásico. Sus sonetos destacaban en su obra. Sigue su oficio de poeta, publicando varios libros después.

O Francisco Soto del Carmen, carmelita, que asimismo abandonó los hábitos y contrajo matrimonio falleciendo prematuramente. Soto del Carmen, admirable sonetista y buen poeta, ganador del Premio *Ademar* de Poesía con unos excelentes sonetos con el título genérico de *Invocación a la tristeza del hombre*.

Otros como Francisco Tejeda, Luis Nos, Ramón Susín, José M.<sup>a</sup> Bermejo, que sería años después Accésit del Premio Adonais.

La Revista de Poesía *Uriel* que publicaban los P.P. Claretianos y que se sostuvo varios años.

Se destacan varios poetas en torno a la Revista *Álamo*, todos de notable calidad poética como José Manuel Regalado, de un intimismo poético y de una voz muy personal. O Juan Luis Fuentes Labrador, en el que sobresale su acento irónico, la carga social y crítica de toda su obra.

Entre sus publicaciones se encuentran *Entre ese humano grito*, o el *Libro del desencanto*.

Luis García Camino Burgos, poeta nacido en Extremadura, pero salmantino de adopción, criado en Salamanca, que ha demostrado su talento poético en libros como *Todo el mar un momento* y *Noches con Idee*, de reciente publicación.



Antonio Sánchez Zamareño, que conserva inéditos varios libros. Reacio a publicar es sin embargo un excelente poeta y una voz muy personal cuyas apariciones sólo las hace en revistas poéticas como *Álamo* o *Papeles del Martes* o su mujer Mercedes Marcos delicada poeta de voz muy personal y destacada.

En este viaje poético por el cielo salmantino y que me obliga por las limitaciones de espacio a tener que resumir hombres y nombres. No podía omitir los de Jesús Ricardo Rasueros, que aunque nacido en tierras de Ávila vivió en Salamanca hasta su muerte prematura.

Rasueros fue siempre un enamorado de Salamanca y sus versos de un buen acento poético llevaron el nombre de la ciudad más allá de sus fronteras, obteniendo importantes galardones y juegos florales. Su poesía clásica y exigente en la forma rayó a gran altura.

Fernando Jiménez, también es un poeta de original muestrario. De un gran bagaje cultural estuvo siempre en la vanguardia y en la colaboración de importantes revistas poéticas. Y Antonio Álamo Salazar, del talante y estilo de Rasueros, desaparecido no hace muchos años.

Josefina Verde, aunque aragonesa de nacimiento, desarrolló su labor poética en Salamanca como animadora tenaz en el Ateneo. Su poesía humana y social nos ofreció siempre en varios libros su dignidad poética. Como Félix Grande, grande de alma y poeta sincero de su tierra.

Deseo nombrar una revista que como en su día *Intus* influyó y estimuló las colaboraciones y voces poéticas salmantinas. Creada por el poeta salmantino de raíz universitaria José Amador *Zurguén* nombre muy salmantino que evocaba la Escuela Poética del siglo XVIII; *Zurguén* paseó con una gran dignidad poética los nombres de iniciados y consagrados poetas de la ciudad, como de la poesía española. Lástima que no alcanzara muchos números, pero el intento fue productivo.

Estamos llegando al final de este trabajo-resumen de la mitad del siglo de la poesía en Salamanca y donde se me exige un pronóstico de un futuro cercano o al menos objetivo de la poesía de esta ciudad.

No tengo más remedio que nombrar a los vivos y actuales poetas salmantinos, algunos ya citados y otros que finalmente nombraré, obligándome a citarme a mí mismo, tarea que no me resulta grata por poder incurrir en méritos que no me corresponden, pero sí lo exige el rigor histórico y autocrítico.

Hay poetas mayores como Remigio González «Adares», que en ejercicio llevan la poesía tan dentro que con su figura la ofrecen con sus propios libros en un acto de defensa y amor a la propia poesía demostrando su espíritu joven a pesar de sus setenta y muchos años de vida. La estampa que grabé en mis ojos y con la que finalizaré este trabajo lo demuestran.

Antes sí quiero recordar a otro poeta que aunque asturiano, por estudios y vida a desarrollado su labor en nuestra ciudad: es Emilio Rodríguez, sacerdote dominico y creador de la Revista *Papeles del Martes*, de gran calidad poética, como lo demuestran sus libros publicados, y que siguen en la brega y defensa de la palabra.

Aunque no sea propio de este trabajo –y que dejo para otra ocasión más oportuna– quiero resaltar en muy pocas palabras lo que supuso la desaparición de la Revista *Álamo* en 1978, después de haberse publicado cincuenta y ocho números de la misma. Hecho que justifica el poderío de una labor poética que sólo igualó la Revista *Espadaña* de León en la historiografía de la poesía española en el siglo XX.

Y hecho que en 1968 con la creación del Premio Internacional de Poesía *Álamo* y la Colección de Libros de Poesía «*Álamo*» aun existente, me pertenecen.

El Premio, uno de los más prestigiosos de la Poesía Española, se mantuvo durante una década y su fallo se transformaba año a año en un acto poético donde los mejores poetas de España asistían para intervenir; me remito a los nombres de Gerardo Diego, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Díaz Plaja, etc. La declaración pública que en su día hiciera Gerardo Diego –*de que Salamanca se transforma en capital poética de España*–, prueba la importancia de lo que supuso para Salamanca *Álamo*. Un plumazo burocrático presupuestario acabó con *Álamo*, Revista y Premio. Afortunadamente ese fin fue burocrático, no político y la poesía, gran cenicienta de la cultura lo acusó. Pero la *Colección de Libros de Poesía Álamo* la mantuve.

Personalmente y coincidiendo con el fallecimiento de nuestro querido Director de Honor Juan Ruiz Peña, resucité la Revista en forma de Monográficos, que fueron anualmente publicándose dedicados a figuras como las de Juan Ruiz Peña, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Miguel de Unamuno y Gloria Fuertes, y con la colaboración de los mejores poetas españoles y salmantinos. Ya está casi en la imprenta el Monográfico dedicado al gran poeta español y zamorano, pero unido por lazos muy afines a Salamanca, Claudio Rodríguez.

La poesía de Salamanca sigue viva y se mantiene así la tradición poética de esta ciudad y de nuestra Universidad.

Por todo ello el que esto escribe se reconoce poeta de Salamanca por antonomasia y después de haber escrito veinte libros de poemas, dejo hablar unas opiniones recogidas en mi libro *Todas mis palabras* Antología Poética, Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 1993 y en el comentario del prólogo del libro, el poeta catedrático y crítico Luis García-Camino Burgos dice: «En primer lugar hay que hablar del tono melancólico que tiene su poesía...» «Ledesma muestra su existencial preocupación...» «Preocupación que no se convierte en trágica porque al final des-punta la esperanza generalmente de la mano de Dios...» «Existencialismo cristiano como elemento primordial de su estilo que provoca rasgos formales muy concretos...» o también «las paradojas y cuyo sabor barroco nos retrotraen a cimas líricas del tamaño de un San Juan de la Cruz...».

«Su poesía es sencilla como hecha sin esfuerzo y que deja ver transparentes siempre la soledad, el amor, la muerte y Dios; al final siempre su cristianismo trágico...» «Poesía humana, poeta de la calle, de la familia, de la vida...».

Refiriéndose al libro *Ritos* dice: «Todo se convierte ahora en esencia lírica, en líricos flechazos de una eficacia magistral. Es la cima de la lírica de Ledesma por su condensación y hondura de sentimientos».

Mi último libro *Color ceniza el agua*, publicado posteriormente a la referida Antología y excelentemente acogido por la crítica, según la opinión de Antonio Sánchez Zamareño, que le considera «Como su mejor libro o al menos el más importante».

Y en ello estamos no tardando mucho, ahora en prensa ya, está mi *Memoria de la piedra*.

Goza de buena salud la poesía en Salamanca, los Prieto de Paula, José Luis Puerto, excelentísimo poeta y el mejor seguidor de su paisano José M.<sup>a</sup> Requejo de las tierras serranas, cubren y cobijan bien a tantos jóvenes y poetas que mantienen la llama lírica como son Alonso Bartol, Agustín de Vicente, Julio de Manueles, Virginia Sánchez, González Quesada –con una ejecutoria ya realizada y una prodigiosa calidad poética–, Fernando Díaz San Miguel, Joan Gonper, José Ignacio González, de acusada sensibilidad, Jiménez Lago, etc.

Capítulo aparte nos merece la atención Gonzalo Santonja, compañero de la Academia Castellano Leonesa de la Poesía que al margen de su excelente calidad poética, realiza en Béjar una labor honda e importante en toda la actividad cultural.

Y por si esto no fuera suficiente, ahora tenemos milagrosamente viviendo con nosotros a Antonio Colinas, el gran poeta leonés premio de las letras de Castilla y León y participante en las nuevas empresas poéticas de la ciudad. Pérez Alencart también alienta la poesía desde el faro de luz que es la Casa de las Conchas.

Pero sobre todo confío en los jóvenes poetas unidos a los viejos poetas.

Quiero terminar con una postal urbana este trabajo que comencé hace ya tiempo.

Era mediodía y en la plaza del Corrillo en su sitio de siempre, sentado rodeado de sus propios libros estaba *Adares*, nuestro nobilísimo poeta, y a su lado Raúl Vacas, nuestro jovencísimo poeta, brillante vencedor del Premio de la Academia Castellano Leonesa de la Poesía, estaba a su lado de pie, apoyado en su hombro y plácidamente dialogando con él. Me acerqué para pedirles un poema para el homenaje a Claudio Rodríguez. Su promesa la han cumplido y sin haber transcurrido más de tres días sus poemas están en mi poder. Son dos hermosos sonetos dedicados a Claudio, al que le habría emocionado la escena.

Mientras en el mundo exista esa amistad en la poesía, no se acabará la lírica en Salamanca. Son un ejemplo y merecen mi aplauso.